

## CAPITULO SEXTO.

DE LOS PANEGÍRICOS.

Se entiende por panegírico sagrado el elogio oratorio y religioso de un santo. Estos elogios, como ya vimos, tienen por objeto la edificación moral de los fieles, y por lo mismo deben encaminarse todos al mismo fin que los otros géneros de oratoria sagrada. Haciendo el elogio de un santo el orador cristiano, le presenta á su auditorio como un objeto de culto y como un objeto de imitación. Bajo el primer aspecto promueve la devoción, bajo el segundo promueve directamente la moral. Los santos, como objetos de nuestro culto, son interesados en favor nuestro acerca de Dios, quien por mediación de aquellos concede á sus devotos las gracias necesarias para conseguir la eterna salud. Léjos pues de nosotros la peligrosa idea de buscar en los panegíricos sagrados el esplendor extrínseco de la forma relativamente al discurso, y una celebridad literaria relativamente al orador. Este, en el elogio de los santos como en las instrucciones doctrinales y en los sermones morales, es siempre el mismo, siempre el ministro de Jesucristo, siempre el Apóstol, siempre el enviado para cooperar á la grande obra de la salvación del mundo. Todo pues, ha de ir encaminado á esta mira, todo ha de estar animado de este espíritu, y todo, en fin, lo que salga de este círculo, debe, sin duda alguna, proibirse como una bastardía.

La noción que acabamos de dar acerca de los panegíricos, manifiesta claramente su carácter sagrado, su influjo moral, su dignidad eminente y sus incontestables ventajas. En ellos aparece la virtud en acción, personificada de una manera sublime en los heroes del cristianismo. Aquí se ve clara y distintamente todo el poder de la fe, de la esperanza y del amor: aquí se admira la omnipotencia de la gracia, que obra transformaciones tan maravillosas en el corazón humano: aquí, por último, se confirma con una serie de hechos ilustres que el yugo de Dios es suave y su carga ligera, esto es, que para realizar los mayores portentos en el orden moral, le basta al hombre corresponder eficazmente á las inspiraciones de la gracia.

Sábase muy bien cuánto influyen los ejemplos en la conducta: tal vez una vida ilustre obra con mayor eficacia que

DEL PENS. Y SU ENUNCIACION.

241

una boca elocuente. Por esto insistía tanto el Salvador en dar á su moral un carácter práctico. "Este pueblo me honra con palabras, dice la Santa Escritura; pero me aborrece con los hechos." "No todos los que me dicen, Señor, Señor, tendrán parte conmigo en el reino de los cielos," decía también. Por último, San Juan hizo un resumen del verdadero espíritu de la lei, cuando dijo á sus discípulos: "No amemos con la palabra y con la lengua, sino con las obras y la verdad." Por esto, finalmente, los Padres de la Iglesia con sus doctrinas y con su ejemplo han recomendado con el mayor encarecimiento el elogio sagrado de los santos. "Las solemnidades de los mártires, decía San Agustín, son las exhortaciones de los martirios." "La verdadera gloria de los mártires, decía San Basilio, consiste en suscitar entre ellos otros émulos de su virtud." San Cipriano hizo los panegíricos de los primeros mártires, desplegando en ellos una elocuencia que en nada cede á Cicerón y á Demóstenes. San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo y San Agustín nos dejaron un gran número de panegíricos eminentes. Finalmente, los mas insignes oradores del cristianismo han consagrado sus talentos al elogio de los santos, y esto precisamente, no por enriquecer la literatura, sino por dilatar el dominio de la virtud, buscando con zelo émulos á sus heroes, sucesores á los santos.

Vistos pues el carácter, la importancia y el objeto de los panegíricos sagrados, hablaremos primero, de sus fuentes; segundo, de su forma comun; tercero, de sus formas especiales y sus reglas; cuarto, de los modelos.

### § I.

FUENTES DE LOS PANEGÍRICOS SAGRADOS.

La materia de estas composiciones es precisamente la vida del santo que se celebra, en sus relaciones con la gloria de Dios y la edificación del pueblo fiel. Inférese de aquí que los hechos comprendidos en la historia del héroe no pueden aplicarse al panegírico sino bajo una de estas relaciones, y de ambas si es posible. He aquí lo que distingue al historiador del orador. El primero traza minuciosamente el cuadro histórico, mientras el segundo elige tan solo aquellos hechos que mas directamente atañen al objeto moral de la elocuencia religiosa.

Mas estas relaciones deben fecundarse, digámoslo así, en la meditación y en el talento, y rectificarse en el buen cri-

terio del orador, porque de otra suerte se esterilizará éste en la materia mas abundante. Para fijarlas pues con toda exactitud y aplicarlas con el mejor éxito al objeto moral del discurso, el predicador debe considerar: primero la posicion de su heroe; segundo sus hechos; tercero sus instrucciones; cuarto sus discursos.

Un hecho que considerado en si mismo podria parecer comun en medio de su importancia, cambiará de carácter atendida la posicion del que le ejecuta. Las circunstancias de la posicion contribuyen maravillosamente á realizar el mérito de la virtud..... así, por ejemplo, es un grande título de alabanza el haber sido virtuoso en el seno de una familia idolatra ó sin religion, como San Martín; el haber tenido el ánimo y el esfuerzo extraordinarios que supone el martirio en una edad mui tierna, como el de Santa Inés, el de Santa Eulalia, los de los niños Justo y Pastor; el haber sido humilde en medio de las grandezas, mortificado entre las delicias, recogido en el torbellino de los negocios, como San Luis; el haber vivido contento y lleno de gozo entre la pobreza é ignominia, pudiendo con solo decir una palabra ser opulento y honrado, como San Alejo &c. &c. Basten estos sencillos ejemplos para entender cómo la posicion relativa del personaje contribuye no poco á exaltar el mérito de sus virtudes.

En cuanto á las acciones mismas el predicador debe hacer una eleccion feliz, conviene á saber, de entre el cúmulo de ellas es necesario que extraiga las mas importantes, las mas prominentes, las mas ilustres y las mas edificantes: porque donde hai bueno hai mejor: donde hai cosas comunes las hai características, y es necesario que el auditorio, colocándose en la santa galeria de los heroes cristianos, tenga siempre nuevos motivos de admiracion, y nuevos estímulos de virtud. Mas no por esto debe preferirse lo que admira sobre lo que santifica: preferencia que, si pueden hacer mui bien los panegiristas del siglo, que se proponen principalmente agrandar, no haria nunca el predicador sin faltar al espíritu de su ministerio. Por fortuna rara será la vez en que los santos no reunan en sus acciones los tributos de la admiracion y los tributos mas gloriosos todavía de la virtud producida por sus ejemplos. Mas como el orador, tomando á su cargo la exposicion de un hecho, podria decidirse por lo que admira en concurso de lo que santifica, á ellos mas bien que á la materia misma se dirige esta advertencia.

Pero el campo mas vasto que estas vidas ilustres ofrecen á la elocuencia y al zelo del orador sagrado, es el principio

interno de las mas bellas y mas heróicas acciones, es la intencion pura y recta que no realiza lo mas grande sino para la gloria de Dios y la santificacion del alma. Aquí es donde la religion muestra todo su poder, é inspira al genio de una manera sublime. Mientras los panegiristas profanos tienen que cesarse á la órbita de lo visible y aparente, que por mui dilatada que parezca, siempre es en el fondo mui reducida; el predicador, haciendo caer la mirada de Dios sobre este abismo en que se revuelven los designios ocultos, los motivos mas secretos de nuestro proceder, alza, digámoslo así, hasta los cielos, la imágen de la virtud sobre la tierra. Nunca pues debe aquel desentenderse de bajar hasta lo mas profundo del corazon, con el objeto de hacer sensible la nobleza del principio, la pureza del motivo, el espíritu de la accion que celebra. En esta region precisamente es donde la virtud ostenta su carácter divino.

Sabido es que cuando un hombre se ha grangeado debidamente el concepto de una mui elevada virtud, ejerce una cierta autoridad entre los otros: ya no se pregunta en qué se funda; solo quiere saberse lo que dice: su palabra es una especie de oráculo, es una última razon de las cosas. He aquí porqué contamos entre las fuentes de esta clase de elogios las palabras mismas de aquellos á quienes se dirigen. Refiriéndolas con sobriedad, aplicándolas con tino, haciéndolas caer oportunamente, contribuyen tanto al objeto moral del panegirico como á la belleza de sus formas oratorias.

Finalmente, contribuirá mucho al buen éxito y á la perfeccion tambien de esta clase de discursos, asociar, cuando el caso lo pida, unas acciones con otras, escogidas en vidas diversas y referidas á la vida de que se trata: porque estas comparaciones, ya vengan á formar contraste, ya presenten la gerarquía, ya la semejanza de las virtudes, edifican á la par que agradan, dando al discurso cierto movimiento, cierta variedad, y á la edificacion un mayor número de motivos.

## § II.

### ESPECIES PRINCIPALES DE PANEGÍRICOS.

#### FORMA COMUN.

Es constante que entre los heroes del cristianismo, entre la ilustre galeria de los santos, hai unos que parecen pertenecer á una filiacion comun, mientras otros aparecen con caracteres distintivos, con luces sensibles mas esplendentes,

con dimensiones mas colosales á los ojos del hombre. Hai unos que pasaron de la santa oscuridad de las virtudes comunes pero inapreciables y difíciles de la tierra á los tronos del cielo: hai otros cuya travesia por la vida humana quedó señalada por una huella eminentemente monumental, y que habiendo producido esas revoluciones gloriosas que corresponden á las épocas de la Iglesia, parecen haber asociado todas las glorias, dejando con su vida la materia mas fecunda para todos los géneros de elocuencia. ¿Qué fin habrá tenido Dios al disponerlo así? Nada nos importa investigar-le, aunque no fuera difícil descubrirle. Bástanos el hecho para fijar con exactitud sus consecuencias.

LA PRIMERA es que, consistiendo la razon intrínseca del panegírico en la gloria del heroe sagrado, su objeto en la edificación del pueblo, y su fin comun en la gloria de Dios, pueden y aun deben hacerse estos elogios oratorios sagrados de todos y cada uno de los santos.

SEGUNDA: que habiendo entre estos la diferencia indicada, la debe tambien haber en aquellos; siendo claro clarísimo que el carácter del elogio debe seguir siempre la razon de la persona á quien se elogia.

TERCERA: que por lo mismo de una manera deben hacerse los panegíricos de aquellos santos que segun los designios de Dios pertenecen á una categoría comun, y de otra los de aquellos que tienen un carácter especial en sus relaciones históricas.

Contrayéndonos pues al objeto de este párrafo, trataremos aquí de la primera clase.

El célebre cardenal Maury, hablando de los panegíricos, forma el siguiente concepto, que no es mui importante notar, como veremos luego.

“Los hombres, dice, cuya vida, aunque por otra parte sin mancha, fué oscura ó comun, no ministran bastante pábulo á la elocuencia. Es necesario haberse hecho célebre por un genio superior ó por acciones brillantes, no haber menester para mostrarse grande sino el ser sacado del olvido, haber ejercido una influencia notable sobre su siglo, ó á lo ménos en su patria, haber hecho época en la historia de la religion, haberse levantado sobre las virtudes ordinarias, estar señalado por gloriosas memorias ó inmortales monumentos y presentarse á la posteridad con derechos públicos á una reputacion magnífica y respetable, para sostener el esplendor de estos homenajes solemnes; y á pesar de toda la pompa de los declamadores, un santo desconocido en la historia nunca obtendrá mas que triunfos ignorados como él.”

No nos atrevemos á echar ménos la rectitud de intencion moral en este literato; pero si le hallamos poco circunspecto, ménos instruido y absolutamente nada piadoso al explicarse de esta suerte. Olvida el cardenal Maury que, proscribiendo los santos comunes de entre los objetos de la elocuencia encomiástico sagrada, naturalmente atenúa la alta gerarquía de las virtudes que se necesitan para figurar en el panteon que ha erigido la Iglesia católica á la gloria de los santos. Qué, el mas oscuro de estos bajo la accion del genio del orador ¿no tiene mas lustre que cuanto hai de grande y excelso en los fastos de la historia profana? Puntualmente nunca parece mas visible el poder de Dios y la gloria del cristianismo, que cuando la religion inclina la frente de los reyes ante la imagen de aquellos hombres humildes que pasan de la oscuridad del mundo al brillo del santuario. La misma circunstancia de estar colocados estos santos en una categoría comun, es un título de gloria para la Iglesia, y una fuente de inspiracion para el orador. El mundo no tiene esta categoría, porque son rarísimos los que presentan alguno siquiera de los infinitos rasgos que forman esta fisonomía comun de los santos; y su dilatada serie es una especie de idea que Dios ha querido darnos de lo infinito en su accion sobre la virtud. Hai mas, el estar alistados todos ellos en un solo y dilatado registro, es ménos acaso porque les haya faltado lo característico, que para servir á la misericordia divina como una brillante prueba de que la santidad no es una exclusion, un llamamiento circunscrito al órden escasísimo de algunos individuos, de algunos estados, de algunas condiciones de la vida, sino la vocacion general de toda la especie humana.

¿Qué grande nos parece la religion cuando despliega delante de los siglos este cuadro glorioso donde parecen confundirse lo grande y lo pequeño en el esplendor comun de la felicidad eterna!

Quede pues entendido que, salvas las diferencias de la materia y de la forma, todos los santos son acreedores á esta clase de elogios, y que ninguno de ellos dejará nunca de ser fecundo para la moral del auditorio. Tratándose pues de la forma, daremos dos reglas: primera, personificar la gerarquía en el heroe; segunda, dar al asunto un carácter moral mas bien que histórico.

La Iglesia, maestra en todos géneros y guía segura del predicador, nos ha dado el mas bello tipo de los panegíricos sagrados en la disposicion de su liturgia. Ella tiene un rezo comun para los mártires, otro para los confesores, otro

para las vírgenes, y tiene tambien rezos especiales para determinados santos. ¡Porqué pues el predicador, sin dejar de ser elocuente con provecho, no haria el elogio de la virginidad, hablando de una virgen, el del apostolado, hablando de un apóstol, el del martirio celebrando á un mártir, como lo ha hecho la Iglesia? ¡No es tan glorioso para la religion como para el heroe, encarecer, ante la fe, la esperanza y el amor del auditorio, toda una gerarquía, y decir, hablando del heroe: "he aquí uno de aquellos á quienes corresponde por igual este bello elogio?" Por lo demas, mui raro debe ser el santo que no tenga su historia propia y suficiente para individualizar en su persona un elogio comun. Pero cuando esto no fuera, la moral brinda con una superabundancia riquísima de medios para derramar el mayor interes en un elogio comun. En efecto, pormenorizando los hechos aunque comunes, se va mostrando en accion la virtud en una de sus personificaciones sublimes; personificación que hablan siempre mui alto á la piedad de los fieles.

### § III.

#### FORMAS ESPECIALES Y SUS REGLAS.

Tratándose de estas, podemos aplicar sin peligro las observaciones del autor citado, pues cuando se hace el elogio de un santo célebre aun á los ojos del mundo, puede y aun debe el predicador para la gloria de Dios y triunfo de la Iglesia mostrarle circundado de todas las glorias, por decirlo así, y opacándolas en cierto modo con la gloria suprema de su piedad. Estas observaciones miran: primero, al principio ó punto de partida; segundo, á la fidelidad histórica; tercero, al carácter de la narracion; cuarto, á la moralidad; quinto, á los modelos. Transcribiremos á este propósito las doctrinas de Maury mui apreciadas entre los literatos, no porque sean preferibles á las de Hamon y Audizio, que nos parecen superiores bajo varios aspectos, sino porque merecen ser observadas.

#### I.

##### CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL PUNTO DE PARTIDA Y ECONOMÍA DE LA COMPOSICION.

"El defecto mas ordinario de esta especie de discursos que deberian reunir á las narraciones instructivas de un elogio histórico el interes mas animado de un elogio oratorio, es ese color vago, ese tono de declamacion, esa énfasis

trivial, esa profusion fastidiosa de epítetos y superlativos; finalmente, esa redundancia de lugares comunes, que no podrian nunca ni adaptarse á la alabanza individual, ni describir por consiguiente el carácter verdadero del hombre que se pretende alabar. Se limitan en cierto modo á las extremidades, á las superficies, á los contornos, en vez de penetrar en el fondo del asunto; y la mayor parte de los panegíricos, que se distinguen realmente los unos de los otros solo por el título, convienen sin distincion á todos los santos de un mismo estado, sin dar á conocer en la realidad á ninguno."

"Otro defecto comunísimo en este género es la exageracion ridicula que todo lo debilita ponderándolo todo. La circunspeccion de un panegirista es la mejor garantia de su buena fe: él conseguirá ser tanto mas persuasivo cuanto sea mayor la mesura que manifieste. No hai que exponerse á los extravíos de un entusiasmo facticio y solitario alejando con las ficciones del cerebro la confianza del auditorio, porque el único modo de celebrar con buen éxito los heroes de la religion será siempre atraer la admiracion pública exaltada con felices narraciones á enriquecer mas y mas el tributo de nuestros elogios. No son pues las escogidas frases sino los hechos quienes deben manifestar sus nombres; y aun estos hechos dejarian de surtir tan excelentes efectos, si no se tuviese cuidado de escogerlos, combinarlos, graduarlos, reunirlos con orden y exactitud, agruparlos en fin de tal manera, que todos se encaminen hácia el objeto moral que debe ser su punto de reunion, y donde van á producir su verdadero resultado y formar de todos un cuerpo de pruebas triunfantes, que descubran de golpe toda la riqueza del asunto, den autoridad á los conceptos, y derramen el interes mas grande sobre los elogios que se tributen."

"La perfeccion del arte en este género consiste en electrizar la admiracion del oyente, presentándole sin ninguna reflexion comun resultados esenciales, rápidos y sorprendentes. Un texto feliz de la Escritura es la pauta mas favorable al orador sagrado, para hacer resaltar la gloria de su heroe con una serie de cuadros variados y siempre progresivos que hacen oratoria la enumeracion mas simplemente histórica, y despiertan incesantemente el pensamiento sin saciarle jamas."

"He aquí en la distribucion de la gloria la del santo que es indispensable hacer revivir entre los hombres; y he aquí tambien la vuestra, que será tanto mayor cuanto mas grande

sea la del justo que ha venido á ser el objeto continuo de vuestro amor. Estos cuadros variados y seductores van á producir el feliz efecto de presentar de continuo á vuestros oyentes el grande hombre que verán en accion mientras vosotros le celebráis. Palparán de ternura y alegría delante de su imagen, no estarán ocupados sino de él durante vuestro discurso, y entónces vuestra elocuencia habrá tenido el mas bello de todos los triunfos. En efecto, en medio del encanto y exaltacion de su piadosa alegría, es indispensable que no se ocupen en vosotros, y si posible fuera, que ni aun llegasen á sospechar que existia tal orador; porque el primero de los panegiristas es evidentemente aquel que de tal modo absorbe y concentra todos los pensamientos del auditorio en su asunto, que se haga siempre olvidar á sí mismo."

## II.

## FIDELIDAD HISTÓRICA.

Nunca se debe tener mas presente, que al componer los panegíricos, aquel principio tan luminoso de Boileau: "No hai belleza sin verdad." Sin duda que es mui permitido embellecer los hechos por aproximaciones y contrastes, con tal que se limite el panegirista á ciertos inocentes artificios de la elocuencia, sin abandonarse nunca ni á los excesos de la alabanza, ni ménos todavía á la impudencia de la declamacion; porque es ridículo y aun depravado afectar una admiracion que todo el mundo desprecia y de que nadie participa.

Los elogios vagos, los lugares comunes, los epítetos acumulados, los sofismas de la adulacion, las hipóboles, las amplificaciones del mal gusto, descubren al momento la ignorancia ó la mala fe, y con la misma prontitud retiran la confianza del auditorio. El orador nunca debe perder de vista, que colocado él en la cátedra de la verdad, le rodean una multitud de oyentes calmados é instruidos; que cuanto traspasa los límites de verosimilitud, viene á ser una causa de trastorno; y que nunca se combaten ni contradicen con buen éxito las opiniones recibidas.

## III.

## CARÁCTER DE LA NARRACION.

"Cuando el asunto de un panegírico es fecundo en acontecimientos, la moral debe nacer de la narracion histórica,

sin interrumpir esta, sin que los hechos se sofoquen bajo un monton de reflexiones triviales que se presentan al auditorio por sí mismos. Un método mui didáctico seria fuernesto al discurso, porque suspenderia su marcha progresiva."

"Penetraos pues mui profundamente del carácter distintivo y las acciones dominantes del hombre que celebráis; estudiad, y apoderaos luego de los singulares y mas exquisitos rasgos de su genio, de su alma y de sus virtudes; rodeadle de sus contemporaneos; pintad los intereses, el espíritu, las costumbres de su siglo; reunid bien colocados todos los pormenores de su vida que se dirijan al mismo objeto, para sacar de aquí vuestros cuadros oratorios: clasificad y presentad en movimiento y en accion los caracteres que ministran los libros santos, los hechos análogos, los talentos, las acciones virtuosas, los reveses, las empresas brillantes, los resultados, los obstáculos, los triunfos que la historia ofrece á vuestros pinceles: así es como podréis dar á vuestras composiciones toda la rapidez de una composicion dramática, toda la progresion del racionio, todo el interes de la elocuencia."

"No permita Dios que aprobemos aquí el soñoliento sistema de esos panegiristas finos que confunden la distribucion oratoria con el órden cronológico, de esos escritores didácticos á quienes se les mira arrastrar por la linea de los acontecimientos, y que sacrifican miserablemente la marcha del discurso al cálculo de las fechas, helando así sus narraciones, temerosos de interrumpir y dislocar la serie de los hechos. Pero no es ménos cierto que jamas ha de perderse de vista en el plan de un panegírico el órden progresivo de estos, á fin de que el elogio así graduado, no por la sola concatenacion histórica, sino por las relaciones íntimas de las acciones que merecen el aplauso, pueda subir y mantenerse en la altura mas grande de la elocuencia por el feliz y rico desenvolvimiento del asunto."

## IV.

## MORALIDAD.

Segun lo que acaba de verse, los panegíricos históricos deben presentar la moral en accion, esto es, la moral ha de aparecer en los hechos, y el orador reservar al auditorio las aplicaciones de todo el discurso. No deben por lo mismo multiplicarse las reflexiones morales. Tal ó cual de ellas

vendría muy bien para terminar un cuadro; pero muchas y frecuentes serían insoportables.

#### § IV.

MODELOS.

“Los antiguos, dice el autor citado, nuestros maestros y modelos en todo género de literatura, nos han dado en esta parte de la elocuencia principios y ejemplos que nunca meditarémos bastantemente. Pericles, á quien toda la Grecia miraba como su mas grande orador, pronunció el fúnebre elogio de los defensores de la patria que acababan de perecer en la primera campaña de la guerra del Peloponeso; y Tucídides nos ha conservado esta famosa arenga, en la cual afirma que Pericles alabó mucho mas al ejército que á los muertos. ¿Quién no conoce los otros movimientos que tanto ilustran á la antigüedad en esta carrera de la elocuencia, tales como el panegirico de Elena por Isócrates, el elogio de Pompeyo por Ciceron, y el de Trajano por Plinio el jóven?”

Antes de pasar adelante, observemos que los oradores antiguos, modelos perfectos en el género deliberativo y judicial, no son los que debe proponerse al panegirista sagrado. Dejamos aparte el sarcasmo y vituperio con que tanto se distinguieron, cuando para imprecar á un enemigo no solo humedecían sus labios con la hiel, sino que hollaban casi siempre las leyes de la decencia y desconocieron hasta las máximas indispensables de la urbanidad: tampoco hablarémos de Isócrates, cuyo nimio refinamiento desterró de sus elegantes discursos la rapidez progresiva de la descripción, el calor del estilo y los rasgos apasionados, y cuyo prurito en colocar con demasiado artificio las figuras descubre á cada paso el estudio y esfuerzo del escritor, y ocupándonos en él exclusivamente, sustrae de nuestra vista el personaje ilustre á quien tributa sus alabanzas. Limitándonos pues á Marco Tulio, (porque Demóstenes siempre ocupado de los graves negocios de la República jamas abrió sus labios para decir las alabanzas de algun personaje) no encontramos, despues de la oracion de la lei Manilia y la Filípica undécima, cosa alguna que en rigor pueda llamarse panegirico. En muchas de sus defensas elogia como es debido las virtudes y el carácter de sus clientes, encarece sus servicios, pondera su importancia en los negocios del Estado, á fin de conciliar en favor de ellos la benevolencia de los jueces.

Milon es el mas zeloso defensor de la patria, el ciudadano que mas se recomienda por sus virtuosas acciones: Ligario profesa los principios mas sanos en política, y tiene unidas á las prendas mas felices la de ser excelente hermano y mejor amigo: el viejo Caton es el mas rígido custodio de las libertades republicanas y de las costumbres severas de sus mayores: M. Marcelo reúne los votos de los mejores patricios con el interes decidido del senado; finalmente, A. Licinio, poeta griego, es acreedor con mas derecho que nadie á los homenajes de la mas pura gratitud, entre otras cosas porque habiendo cantado la guerra cimbrica tan importante, difícil y rica en acontecimientos por mar y tierra, ha trasmitido á la posteridad las glorias del pueblo romano. Pero estos elogios parciales, que forman una seccion de aquellos discursos pertenecientes á otro género de oratoria, nunca deberán tenerse por unos panegiricos verdaderos.

Tácito habla con gran entusiasmo de un discurso pronunciado en favor de Caton, en que exaltándole hasta los cielos, obtuvo la corona de un aplauso universal; pero esta obra insignie sobrevivió muy poco al héroe á que tenia por objeto. Plinio el jóven se paró en frente de Trajano, para colarle con elogios magníficos no solamente en el rango de los héroes, sino en la esfera misma de los dioses. Algunos han dicho que para merecer el príncipe tamaños encomios, le bastaba no haberlos escuchado; pero sin entrar aquí en pormenores acerca de la conducta política de aquel monarca, ni desconocer tampoco la fuerza del lenguaje, la elegancia del estilo, la rapidez oratoria de las narraciones, la belleza de muchos rasgos descriptivos, cualidades brillantísimas que tanto recomiendan la lectura de esta obra; manifestarémos francamente que el panegirico de Plinio no es el tipo mas adecuado para cantar las glorias de aquellos hombres humildes y sencillos, hijos de la soledad y de los desiertos, que parecen no dejarse ver del mundo sino cuando la religion les ha erigido en el santuario monumentos inmortales.

Hemos leído á Mr. Thomas, y visto por consiguiente la serie indefinida de panegiristas que enumera en su “Ensayo sobre los elogios;” bien sabemos que desde los egipcios hasta los últimos emperadores romanos la adulacion, en atalaya siempre para multiplicar sus viles triunfos, inspiraba de mil maneras á cuantos le rodeaban el poder y pretendian convertir á favor suyo la influencia de los grandes. Mil recursos encontraria la crítica filosófica en todos estos elogios á excepcion de los muy pasajeros que no son de nuestro propósito,

para señalar con individualidad y exactitud las causas que pervirtieron la elocuencia; pero ninguno hai ciertamente que quien subiendo como el cardenal de Maury hasta los antiguos, pretenda descubrir allí, entre tantas obras admirables del foro y la tribuna, los modelos de perfeccion que para llegar á su objeto debe tener siempre delante el panegirista sagrado.

## § V.

## MODELOS SAGRADOS.

Dejando pues á los antiguos oradores gentiles, para venir á los verdaderos maestros del género y del arte, hablemos de los Padres de la Iglesia y de los oradores célebres del cristianismo.

“Los Padres de la Iglesia, (continúa Maury) que fueron tambien los primeros oradores de su tiempo y casi los conservadores únicos de la elocuencia y de las letras en Europa, supieron enriquecer las lenguas de Demóstenes y Ciceron con elocuentes discursos, consagrados ó al llanto doloroso de la amistad, ó á la gloria de los grandes hombres. En este número podemos contar llenos de confianza la oracion fúnebre de San Gregorio Nacianceno en la muerte de su hermana Gorgonia, los panegíricos de San Pedro y San Pablo que el Crisóstomo no deja de mezclar con amor y entusiasmo en casi todas las obras maestras; el panegírico de San Honorato predicado por San Hilario de Arles; el elogio fúnebre lleno de ternura que San Ambrosio hizo de su hermano Sátiro y del Emperador Teodosio.”

“A gran distancia de estos magníficos elogios han quedado los panegíricos franceses, porque este es el dominio ménos enriquecido de nuestra elocuencia sagrada, por mas que hayan procurado extenderle nuestros grandes oradores. Ellos nos han concedido el derecho de ser mas difíciles en la admiracion, ofreciéndonos con sus obras insignes otra medida de su superioridad; nos han enseñado á juzgarlos, y en la carrera de los elogios no existe ninguna obra suya capaz de llamarse perfecta, bien porque hubiesen carecido del verdadero talento para componer estos discursos, bien porque no hubiesen meditado cuanto era suficiente para crear este nuevo género de oratoria, como debería esperarse de su genio.”

“Esta lid oratoria hasta el presente no ha sido ilustrada entre nosotros por ninguna composicion que pueda llamarse clásica, y ménos todavía por una coleccion de panegíricos

que pueden proponerse por modelos en este género de elocuencia.”

“El Padre Bourdaloue, que mas se ha distinguido en él, olvida continuamente en sus panegíricos que hace un elogio, para concentrarse en el pensamiento dominante de su razon, cuyo interes principal es siempre la santificacion de su auditorio. Vense con demasiada frecuencia en sus discursos el mismo genio, el mismo poder de raciocinio, la misma profundidad de doctrina, el mismo gusto de erudicion que hacen admirar tanto sus excelentes discursos sobre los misterios y la moral evangélica. Pero es indispensable confesar que, sin embargo de haber desplegado en sus obras tan raras y diferentes méritos, no tuvo el que se requiere en el panegirico, para conservar esa bella y constante unidad de un asunto profundizado por todos sus aspectos, pero restringido á sus límites naturales, unidad fidelísima siempre en su adviento y en su cuaresma. Él es el único que sacrifica una parte de su reputacion oratoria á los intereses de su apostólico zelo. Este último sentimiento subyuga todas las facultades de su alma con tal imperio, que en medio de sus elogios sagrados el panegirista interrumpe repetidas veces las fórmulas de alabanza, que parecen entibiar y fatigar su genio así desalojado de su esfera y su elemento, para abandonarse á la impetuosidad y vehemencia de un misionero. Citarémos como ejemplo el siguiente pasaje de un sermón de Santa Maria Magdalena; y leyendo esta prosopopeya imprevista en un panegirico de Bourdaloue, se verá sin duda oír el rasgo mas elocuente de un sermón sobre no dilatar la penitencia.”

“¿Magdalena, dice, conocia mejor que nosotros á Jesucristo? Al contrario, la fe del cristianismo nos ha descubierto maravillas que entonces se ocultaban á sus ojos. ¿Porqué pues retardar todavía la conversion? Y sin ir mas lejos, ¿porqué antes de salir de esta Iglesia, antes de apartarnos de este altar, en que Jesucristo se encuentra no ya bajo el carácter de convite como en la casa del fariseo, sino en calidad de alimento y bebida, en calidad de víctima inmola- da por nosotros, en calidad de sacrificador y de pastor, ¿porqué, digo, no entregarnos á Él? Acabemos de una vez lo que tantas veces nos hemos propuesto hacer, y aun no lo hemos emprendido, y digamos á Dios: “No Señor, no será dentro de un año, ni dentro de un mes, sino desde este dia, porque no soi yo quien debo poner el término á Vos: no será cuando yo me encuentre desprendido de tal ó cual negocio, por ser cosa indigna que los negocios del mundo retar-

“den los de mi Dios: no será cuando yo me encuentre en el último periodo de la vida, porque todas las edades os pertenecen, y el mas sensible ultraje para Vos seria no reservarlos sino los últimos momentos y el desecho de mi existencia. Desde ahora, Señor, soi vuestro, y quiero serlo: recibid la protesta que hago, y confirmad la resolucion que formo delante de Vos.”

“Respetando y admirando, como es justo, estos sentimientos y este lenguaje apostólico, no deberiamos por lo mismo sentir el ver su genio abandonarse á estas expansiones del zelo, á estos desenvolvimientos de la moral que apartándole del objeto de su discurso, tan útilmente le acerca al de su ministerio, al paso que le abre la conciencia de sus oyentes: un éxito semejante debia parecerle preferible á todos los triunfos oratorios. Pero nosotros lamentamos, por el interes mismo del arte, que tanto ha honrado este hombre, el que no haya querido limitar y consagrar alguna vez en todo rigor su gran talento al único y solo objeto de los panegiricos, á fin de suministrarnos modelos perfectos en todas las creaciones de la elocuencia sagrada: deploramos que tan frecuentemente sustraiga á nuestra vista al heroe de su discurso, que un interes de cualquiera otra naturaleza debilita: sentimos que no deje nada que comentar ni desenvolver á nuestros pensamientos que los suyos absorben y agotan en su difusion; que se fie bastante de su elocuencia, para estar bien seguro de que un panegirico en donde la moral debe salir del fondo de la narracion y del cuadro de los hechos y cuyo interes aparece mui diverso cuando se la ve en accion de cuando se la ve reducida á la aridez de los preceptos, se deben suprimir estos desenvolvimientos superfluos que confunden todos los géneros: lamentamos que en su diction y en su colorido no tome con mayor frecuencia un tono mas elevado para obligar á sus talentos á ciertos empeños felices que redoblarian sus fuerzas; que en el estilo de los elogios, donde muestra siempre dignidad, nobleza, correccion, propiedad, frecuentemente nervio y precision, desprecie demasiado ese número, ese giro, esa gracia de la palabra, esa imaginacion en la expresion tan eminentemente propias de los panegiricos: lamentamos que en semejantes asuntos Bourdaloue no haya tenido presente la sabia y luminosa observacion de Quintiliano cuando dice con toda la autoridad del buen gusto, que “las piezas especialmente destinadas á agrandar al público, aunque estén fundadas sin duda ninguna en la verdad, como los panegiricos y todo lo que pertenece al género demostrativo, deben tener flores y

gracias, de que no necesitan las defensas, en que el arte debe estar mas oculto;” en vez de que aquí no solamente se muestra sino que hace gala de ostentar sus primores para satisfacer la expectativa de los oyentes, que han venido con el objeto único de escuchar un bello discurso: deploramos, finalmente, que recorriendo este hermoso camino, en el cual podia servirnos para siempre de guia, haya olvidado este grande hombre que las frecuentes digresiones morales no vienen ménos en un elogio, que muchos episodios encomiásticos en un sermón propiamente dicho.<sup>1</sup>

## § VI.

## CONTINUACION.

## OBSERVACIONES SOBRE UN CONCEPTO DE MAURY.

Antes de pasar adelante, será mui conveniente observar algunas cosas á propósito de la doctrina de Maury en la parte que cita á Quintiliano, pues aunque al fin nos proponemos manifestar nuestras ideas sobre este punto, no debemos pasar una equivocacion mui funesta para los que cultivan la elocuencia del púlpito, principalmente cuando se cita una autoridad tan respetable como la de Quintiliano.

Este retórico hablaba con relacion á los panegiricos profanos, que por causa de su objeto podriamos en algun sentido afirmar que se referian exclusivamente al placer; pero nuestros panegiricos sagrados tienen el mismo fin que los sermones, y difieren solamente en el medio y en su forma particular: en aquellos, lo mismo que en estos, se trata de hacer á los hombres mejores, de promover su bien espiritual, sin otra diferencia que en los últimos se procura este objeto aplicando la moral á las costumbres, y en los primeros se presentan á la imitacion de los fieles aquellas virtudes sublimes que la Iglesia corona con la veneracion universal de sus hijos, se vituperan los vicios con esclarecidos ejemplos, y se trata, por explicarnos así, ménos de elogiar á los santos, que de darles en todo lo posible verdaderos sucesores. El fin pues debe mirarse como idéntico, y por consiguiente tanto de los panegiricos cuanto de los sermones morales podria decirse con Quintiliano, si su regla fuera aplicable, que se encaminaban principalmente al placer. Cuando los cristianos entran al templo, no se propo-

<sup>1</sup> MAURY. Essai sur l'éloquence de la chaire, chapp. XXVII et XXVIII.



nen ir á escuchar un bello discurso, sino una oracion edificante, santa, llena de seriedad y de uncion, ora se les explique la doctrina evangélica, ora se les reprochen sus malas costumbres con el libro de la lei, ora se pretenda excitar un santo zelo en el auditorio con la idea de la inmortalidad que disfrutan los justos. El templo cristiano no es el circo, los juegos olímpicos ó el teatro; sino el espectáculo mas augusto que puede presentar la tierra. El aparato es terrible; la muerte, el juicio, el infierno, la eternidad, Dios, que en aquel momento es implacable, el vicio condenándose á sí propio con una rabia desesperada, el libro de la lei abierto á los ojos del hombre para condenarle. ¿Qué son los elogios de los santos sino reproches terribles á la conciencia del pecador? ¿qué sus virtudes eminentes, sino objetos viles, prácticas ridículas y despreciables á los ojos del mundo? Si el elogio de los santos es motivo principal de placer, es para el que ya está convertido, para el cual no hai mas placeres que los espirituales; mas á los ojos del pecador es la narracion fiel de las penitencias mas duras, los trabajos mas pesados, la oscuridad en el mundo, el desprecio de sus glorias y la negacion de sí mismo. En este sentido permite la Iglesia y manda que se publiquen las virtudes de sus escogidos en la cátedra cristiana, y nunca para proporcionar á los fieles el simple deleite de escuchar un discurso florido. Volvamos al asunto.

## § VII.

## CONTINUACION.

## OTROS PANEGIRISTAS.

“Los panegíricos de Flechier, dice Maury, alabados mucho tiempo como obras maestras en las retóricas de los colegios, hoy han descendido ya de la gloria que habian usurpado; y los de Massillon se miran universalmente como las infimas producciones de su talento. Aun su estilo tiene aquí menos encantos, y en cierto modo parece desaliñado en medio de la indigencia de que dan indicio tantos lugares comunes. Piérdese en ellos incesantemente de vista el santo á quien pretende exaltar el orador, pero que es indispensable olvidar entre los suplementos oratorios de una moral extraña al asunto. El mismo camino siguieron nuestros oradores de segunda clase, son mas disertos que elocuentes en sus discursos, donde mas anhelan el mostrar espíritu que talento

é imaginacion, porque se necesita de mucho trabajo para entenderlos. Ninguno de ellos ha podido hacerse de los primeros puestos vacantes todavía en esta carrera; y participando todos los talentos de semejante destino, la ineptitud y negligencia de los predicadores ha truido por consecuencia necesaria el disgusto del público. En efecto, este género entre nosotros ha sido coronado con éxitos mui poco favorables, y á excepcion de un corto número de asuntos modernos ó nacionales, á que nunca se renunciará, casi ya no se pronuncian panegíricos durante nuestras funciones solemnes en los púlpitos de la capital.”<sup>1</sup>

## § VIII.

## OBSERVACIONES SOBRE LA CRÍTICA PRECEDENTE.

Aunque reconocemos en una parte de la crítica de Maury sobre algunos panegiristas franceses cierto fondo de razon, no podemos menos de censurar en el crítico una exageracion llevada hasta el extremo. Los oradores franceses á que alude y otros que omite, no han dejado en verdad galerías de obras maestras en el género encomiástico sagrado; pero no les faltan algunos panegíricos de primer orden. Podriamos citar el de San Juan Bautista de Bourdaloue, varios de Flechier, algunos excelentes de Bossuet y muchos de Segaud, Du-pin y La-Rue. Fenelon en el de Santa Teresa de Jesus nos parece que nada deja que apctecer. Por lo mismo entendemos que los citados oradores pueden consultarse con mucho provecho, y son unos verdaderos maestros en el género.

Sin embargo, el panegírico llevado hasta la perfeccion artística con que le presenta el cardenal de Maury, tiene pocos modelos entre los escritores franceses anteriores á su tiempo. Mas él puede presentarse, lo mismo que Boulogne, como un modelo en este género, sobre todo en los panegíricos de San Agustin y San Vicente de Paul.

El púlpito italiano, que en el sermón moral nunca pudo elevarse á la categoria del púlpito francés, tiene sin embargo una superioridad incontestable sobre él en materia de panegíricos. Los del Padre Séneri, aunque adolecen de mui considerables defectos en ciertos puntos de pormenor, pueden sin embargo de aquéllos figurar con ventaja incontestable junto á los mejores panegíricos de Bourdaloue, Massillon y Flechier. Planes mas netos, desenvolvimien-

<sup>1</sup> Obra citada.

tos mas históricos, rasgos mas característicos, cuadros llenos de movimiento y de belleza, retratos primorosamente ejecutados, moralidades mas naturales y oportunas, estilo mas elegante y florido: tales son, segun creemos, y sostenemos tambien apoyados en el criterio del célebre Audizio, las ventajas de Sénieri panegirista sobre los otros oradores del género. Puede consultarse la penúltima leccion de las que escribió el citado Audizio sobre la elocuencia sagrada, en la cual demuestra que el referido predicador nos ofrece el verdadero tipo de los panegiristas.

## CAPÍTULO SÉTIMO.

## ORACION FÚNEBRE.

Ya hemos visto en otro lugar que es tan antigua como la civilizacion la costumbre de consagrar elogios póstumos á la memoria de los hombres eminentes cuya celebridad ha concurrido con la gratitud y la admiracion de los pueblos. Pero estos elogios profanos en que principalmente se trataba de recrear al auditorio con los primores de la elocuencia exornativa, presentando en la admiracion y el reconocimiento público un reflejo de la gloria cívica, recibieron mas tarde bajo la accion regeneradora del cristianismo un carácter mas grande, mas imponente, mas digno y mas positivo en el cálculo de los resultados. Heredera de toda la antigüedad para someterla al dominio de su genio sagrado, la Iglesia católica no ha dejado perecer ninguna institucion; pero tampoco subsistir sin cambiar de objeto, de carácter y de rumbo. La elocuencia fúnebre posa tambien sobre la cátedra del Espíritu Santo: el sacerdote sube al púlpito, y á la vista de un féretro, en frente de un altar enlutado, en medio de un auditorio oprimido con la pesadumbre de una muerte ruidosa, toma en sus labios el nombre del personaje cuyas exequias se celebran, echa mano de su historia para tejerle una corona; mas apenas la tiene ya formada, apenas la ha dejado entrever de los espectadores, cuando la deja caer en el sepulcro cubierta con las sombras impenetrables de la eternidad. Entonces la gloria del mundo pierde su esplendor en la tumba; la incertidumbre de los últimos destinos del hombre agita fuertemente al orador y á su auditorio; la esperanza sucede á la admiracion, el desengaño al movimiento de la celebridad, y la oracion humilde á los aplausos de la gloria. De esta suerte la religion domina de

un extremo á otro en el discurso fúnebre, y una institucion que podria parecer extraña, toma un carácter esencialmente religioso y eminentemente moral.

Déjase ya entender que si la Iglesia permite á sus ministros elogiar las vidas ilustres, es con una mira edificante y santa, es para convertir desengañando, y para aliviar las penas del alma que sufre la última purificacion, rodeando el sepulcro de oraciones y ruegos. Nada pues que de suyo se oponga mas ó ménos á esta intencion, puede figurar en la cátedra evangélica; y este es el motivo porqué, sin permiso de la autoridad eclesiástica, no puede hacerse ninguno de estos discursos.

“El orador fúnebre debe proponerse por fin, como discretamente aconseja el sabio Hamon, la gloria de Dios y la utilidad de los oyentes: la gloria de Dios, celebrando la accion de la providencia ó de la gracia sobre el difunto; la utilidad de los oyentes, sacando de la vida y de la muerte de su heroe lecciones de virtud, de zelo por la salvacion, de menosprecio del mundo y cuanto en él pasa; de suerte que la alabanza no aparezca en el discurso sino como un medio de glorificar á Dios y santificar á los fieles.”<sup>1</sup> Hablando en rigor, puede permitirse una oracion fúnebre siempre que estos dos objetos queden atendidos; y como para ello no es necesario ni un gran teatro, ni una celebridad mui notable, moralmente hablando no es reprehensible sino tal vez edificante la multiplicacion de estos elogios. Puede celebrarse mui bien al zeloso párroco en una feligresía, al buen prelado local en un monasterio, al vecino caritativo útil y respetable por su virtud en algun pueblo &c. &c. Pero considerada la oracion fúnebre en sus relaciones literarias, en el movimiento de la elocuencia y en la categoría propia de su género, es necesario convenir en que hai otras reglas de oratoria, y ciertas excepciones acerca del heroe que debe servir de objeto. Dejando pues aqui lo relativo á las primeras, consagraremos nuestras observaciones al carácter eminente de la oracion fúnebre considerada como un género de literatura.

Genio propio de la oracion fúnebre; sus semejanzas comparadas con los sermones morales y los panegiricos; carácter del heroe; talentos oratorios que demanda; oradores celebres; Flechier, Massillon, Bossuet, comparados y sometidos á la crítica; modelos: tal será nuestra marcha en el presente capítulo.

<sup>1</sup> Traité de la predication.